

*Todos los niños
pueden ser Einstein*

Fernando Alberca de Castro

*Todos los niños
pueden ser Einstein*

DÉCIMA EDICIÓN



TOROMÍTICO
2012

© FERNANDO ALBERCA DE CASTRO, 2011
© EDICIONES EL TOROMÍTICO, S.L., 2011

Primera edición: abril de 2011
Segunda edición: noviembre de 2011
Primera reimpresión: noviembre de 2011
Segunda reimpresión: diciembre de 2011
Tercera reimpresión: diciembre de 2011
Cuarta reimpresión: diciembre de 2011
Quinta reimpresión: enero de 2012
Sexta reimpresión: marzo de 2012
Séptima reimpresión: abril de 2012
Octava reimpresión: septiembre de 2012

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Colección: Biblioteca de padres y educadores
Editorial Toromítico
Edición de ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ

Imprime: GRÁFICAS LA PAZ

ISBN: 978-84-96947-86-3
Depósito Legal: J-2041-2011
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

A mi amigo Alberto Fernández-Martos.

*A cada uno de mis alumnos en Huelva,
Cáceres, Zaragoza, Asturias y Córdoba.*

A Eva, a Juan y a mi editor, Antonio Cuesta.

A mis abijados Javier y Nicolás.

A mis hijos.

«El aprendizaje es experiencia, lo demás es información.»

Albert Einstein

ÍNDICE

1. Einstein no sacaba buenas notas	15
2. Como muchos niños de hoy	23
3. La inteligencia del ser humano es infinita y adquirida	27
4. Las razones más frecuentes del fracaso y del éxito escolar..	39
5. El cerebro de cada uno	43
6. Fácil o difícil	53
7. Gatear de pequeño, moverse y aprender	57
8. La creatividad	61
9. El estímulo	69
10. La motivación	79
11. Esfuerzo + Necesidad = Capacidad	89
12. Las propias actitudes	93
13. La imagen de sí mismo.....	101
14. Consejos prácticos para mejorar la concentración	109
15. La atención	115
16. Cómo potenciar la memoria.....	123
17. Evitar el olvido	131
18. Leer mejor	137
19. Aprender a resolver problemas	155
20. El cálculo matemático.....	163
21. Subrayar bien	175
22. Esquematizar y analizar	177
23. Resumir y comprender.....	181
24. Fichas de estudio personalizadas	185
25. Tomar notas.....	191
26. La primera impresión.....	195
27. Buena ortografía en 5 pasos y 3 meses	199
28. El estrés y la relajación.....	203
29. Antes, durante y después de un examen importante	207
30. Salud y estudio.....	211
31. Consejos para decidir los estudios.....	215
30. <i>Citas de Einstein: El genio dado por lerdo</i>	217



1

Einstein no sacaba buenas notas

Albert Einstein fue el genio más reconocido del siglo XX y uno de los más célebres de toda la historia. Según uno de los más brillantes científicos contemporáneos, César Nombela, con la Teoría de la Relatividad formuló la última de las grandes leyes físicas del mundo —si él lo dice, es cierto—. Su capacidad para explicar cómo la naturaleza no varía pese a la falta de destreza del observador —*«lo que el observador no ve»*—, le hizo imaginar la curvatura del espacio-tiempo, que supuso una forma nueva de describir la realidad, y un avance extraordinario que transformó nuestra visión del espacio y del tiempo, desplazando para siempre a la física de Newton. Y todo ello lo hizo en las dificultades sociales y vitales de una época entre dos guerras mundiales; porque Albert fue mucho más que un Premio Nobel y uno de los mejores científicos de la historia de la Humanidad. Es un caso para descubrir *«lo que el observador no ve»*.

En muchas ocasiones la grandeza intelectual y emocional de muchos niños pasa desapercibida por el «sistema», rígido

y encorsetado. Como Einstein, muchos niños parecen abocados al fracaso, pero afortunadamente pueden evitarlo, porque como le gustaba repetir: «Dios no juega a los dados».

De pequeño era intelectualmente «lento». Tan lento que, según sus palabras, solo alguien que iba tan despacio hubiese sido capaz de elaborar una teoría como la de la relatividad:

«Un adulto normal no se inquieta por los problemas que plantean el espacio y el tiempo, pues considera que todo lo que hay que saber al respecto lo conoce ya desde su primera infancia. Yo, por el contrario, he tenido un desarrollo tan lento que no he empezado a plantearme preguntas sobre el espacio y el tiempo hasta que he sido mayor.»

Cuando Albert nació, su madre pensó que era un ser deforme —debido al tamaño y forma de su cabeza, enorme y angulosa—, y retrasado mental —por su lentitud para comenzar a hablar—. Pero aquel niño, grueso y ensimismado, callado y gris, con el tiempo aprendió a poner en duda todo lo que los demás decían.

El padre de Albert, como muchos otros, no había podido estudiar porque su familia no contaba con los recursos económicos suficientes. Era un hombre apocado, influenciado, con poblado bigote —como luego imitara su hijo—, que fue de fracaso en fracaso. Bueno y pasivo, se acomodaba a las circunstancias. Querido por muchos, de gran corazón, tendía a la ensoñación... Soñar fue una cualidad, quizás la más importante de todas, que transmitió a su hijo. Su esposa, la madre de Albert, provenía de una estirpe donde la riqueza, el tesón y el éxito, eran fundamentales, y no soportaba la degradación económica a la que les conducían los sucesivos fracasos de su marido, bien-intencionado y cabal, pero desmañado, según ella.

Cuando Einstein cumplió cuatro años su madre lo «abandonó» en medio de las calles más transitadas de Munich para

asegurarse de que aprendía a volver a casa solo. Tuvo que hacerlo en más de una ocasión.

A los cinco años le asignaron una profesora particular para ver si así lograba acceder al segundo grado en la escuela primaria. Era una profesora muy exigente y muy firme, que no soportaba las continuas excusas a las que Albert recurría siempre.

El caso es que ser «abandonado» por las calles más pobladas de Munich, para que con cuatro años se las arreglara solo, no casaba demasiado con la necesidad de tener una profesora particular, para que le acompañara a realizar todas las tareas diarias. Le exigían independencia por un lado y dependencia al mismo tiempo. Libertad —poder elegir cómo llegar a casa— y obediencia ciega —obedecer sin pensar lo que propusiese la profesora particular.

Fue, según él mismo confesó: «*un niño solitario y soñador, que no encontraba fácilmente amigos*», que evitaba las peleas y siempre prefería los pasatiempos difíciles en solitario o los juegos de bloques de construcción, cualquier cosa antes que empatizar con los demás.

A menudo cogía rabieta, incluso en sus primeros años de colegio; otras veces era tan tranquilo que su cuidadora le puso el apodo de «*Pater Langweil*» (Padre Aburrimiento).

Hasta los nueve años no habló con fluidez. Aguantaba sus sentimientos y no los comunicaba, salvo con sus rabieta. En la música, afición de su madre, encontró uno de los pocos medios para expresar sus sentimientos. Einstein tocaba el violín. Su madre el piano. Nunca fue un violinista brillante, pero se esforzó hasta que el violín se convirtió en su compañero más fiel. Con él pensaba, resolvía problemas, se refugiaba... Pero no hablaba sobre su afición al violín, de lo que sentía al tocarlo. Según decía, su afición a la música era: «*escuchar, tocar, amar, reverenciar y cerrar la boca*».

Cuando tenía siete años matricularon a Einstein en una escuela primaria donde era el único judío. Según el testimonio

de Einstein, eran sus compañeros de clase, no los profesores, los antisemitas.

En varias ocasiones soportó malos tratos cuando iba camino del colegio. Con frecuencia le atacaban y se burlaban de él.

Su hermana Maja escribió refiriéndose a aquella época: «*Su especial aptitud para las matemáticas era entonces desconocida. Ni siquiera era bueno en aritmética en el sentido de que fuese rápido y preciso, aunque sí perseverante.*»

A los nueve años ingresó en el Luitpold Gymnasium y vuelta a empezar. Einstein hablaba con amargura de su educación en esta nueva escuela. Allí era uno más entre los 1.130 alumnos sometidos al autoritarismo y a los métodos de educación mecánicos y aburridos. En aquella escuela tampoco logró adaptarse. Su profesor de griego se cubrió de gloria cuando afirmó que Einstein «*nunca llegaría a nada*». Le dijo que su actitud irrespetuosa era autodestructiva. Que sería mejor que se marchara.

Pese al apoyo que sí encontró en el profesor de Matemáticas, la educación fundamental de Einstein en esa época vino desde fuera de la escuela. Le rodeaban familiares adultos dedicados a las telecomunicaciones y la electrotecnología, entonces en la vanguardia de la tecnología. Su tío, que se había graduado en la Escuela de Ingeniería Politécnica, le introdujo en la geometría y el álgebra, enseñándole esta última como un alegre juego a la caza del animal «X».

También influyeron en él las lecturas de libros de divulgación científica que le facilitaba un estudiante de medicina judío y pobre, al que los padres habían dado protección. De los diez a los quince años Einstein tenía la oportunidad semanal de debatir sobre temas intelectuales y científicos con este singular compañero, Max Talmey. De aquellos libros, uno de los temas que más le llamó la atención fue la invisibilidad de las fuerzas que unifican el universo... casi nada.

Pero a sus quince años su familia se trasladó a Italia, y él se quedó solo en una pensión de Munich para acabar los estudios. Sus padres antepusieron los estudios de su hijo a tenerle cerca de ellos.

Falsificó y abandonó

Einstein abandonó de repente la escuela. No llegó a hacer los exámenes finales. Para poder huir presentó a los profesores un certificado médico falso, en el que se decía que Albert sufría de problemas nerviosos. Le ayudó un médico amigo muy «comprensivo». Lo cierto es que echaba de menos a sus padres y se sentía francamente triste.

Fracaso escolar

Sus padres se alarmaron por la transformación de su hijo en un fracasado escolar. Einstein, para tranquilizar a sus padres, intentó ingresar en la Escuela Politécnica Federal Suiza de Zurich, actualmente la *Eidgenössische Technische Hochschule* o *ETH*. Se propuso ser ingeniero o técnico electrotécnico. Albert prefería una carrera más teórica, pero su padre le dijo que se olvidara de «esas tonterías filosóficas», que buscara una profesión más sensata. Albert cedió amargamente.

La madre acudió a la influencia de una amistad para que le permitieran hacer el examen de ingreso en la Politécnica. La vida de Einstein habría enderezado su curso si hubiera aprobado... pero suspendió.

Una de las claves

Sacó muy mala calificación en las preguntas generales, pero destacó en las matemáticas y el profesor de esta materia, Heinrich Weber, le invitó a asistir a sus clases como oyente. ¡Un profesor al fin dispuesto a valorarle!

Einstein se matriculó en la división técnica de la escuela cantonal de Aarau, a veinte millas de Zurich.

Tuvo que separarse de sus padres de nuevo. Pero esta vez encontró en ello la principal clave de su vida. Una familia que supo compensar la ausencia de cariño y hacerle sentirse apreciado por su auténtica valía.

La clave principal

Albert se instaló como pensionista en la casa del profesor Jost Winteler, que daba las asignaturas de Griego e Historia en la misma escuela aunque en distinta división. Jost y su esposa Pauline acogían estudiantes en su casa. Fue tanto el cariño y la atención que Albert recibió de ellos que adoptó a aquella familia como sustituta de la suya. De hecho, su primera novia fue la hija de Jost y Pauline: Marie... Fue una de las etapas más felices en la vida de Einstein.

Jost era tranquilo y amable como el padre de Albert. Aportó a Einstein un nuevo modo de ver el mundo, mucho más humanista, y posiblemente más humano. Era un hombre extraordinariamente íntegro, que había dimitido como director de la escuela, precisamente por una cuestión de ética e integridad. Este hecho provocó en Einstein un profundo respeto.

Pauline era mucho más cariñosa que la propia madre de Einstein, indulgente y sincera. Albert la llamaba «*mamá*». Años después de marcharse de aquella casa, seguía recibiendo cartas enormemente afectuosas y maternales de Pauline. Incluso prefirió pasar algunas Navidades con ellos antes que hacerlo con sus propios padres.

Sus compañeros en esta etapa en la Escuela Aarau le consideraban un chico solitario, que decía lo que le parecía, con independencia de a quien molestara. Un amigo, Hans Byland, le describió diciendo que «*era una de esas personalidades dobles que saben proteger, con una apariencia exterior espinosa, el reino delicado de su intensa vida emocional*».

La escuela acertada

La causa de que Einstein cogiera confianza en su capacidad intelectual en buena parte estuvo en el sistema pedagógico de la Escuela Aarau. Un sistema educativo famoso por sus métodos avanzados.

Albert no encontró en Aarau el autoritarismo que había sufrido en Munich. En la nueva escuela a los alumnos se les trataba como individuos, personas, únicas e irrepetibles. Y se les animaba a pensar por sí mismos.

Allí descubrió que quería llegar a ser profesor de Matemáticas y Física; sobre todo, según sus propias palabras: «*del aspecto teórico de las ciencias*».



2

Como muchos niños de hoy

Einstein, además de lento, fue un niño ensimismado y gris. Que no brilló en la escuela por sus buenas notas y su docilidad. Que sacaba de sus casillas a su profesora. Que fue expulsado de la escuela. Que quiso estudiar en la Politécnica de Zurich, en la que puso su ilusión, pero «*no era buen estudiante*», dijeron. No daba la talla y no fue admitido. Que fue dado por inútil para realizar el servicio militar en Suiza, por tener varices y por sus pies planos y sudorosos. Y que pasó desapercibido en su trabajo de funcionario en la Oficina de Patentes de Berna... antes de ser descubierto como quien siempre había sido.

Una inmensa mayoría de seres humanos se hubiera quedado ahí. Einstein podría haber sido uno más de tantos fracasados escolares. Hubiera pasado su vida a lo sumo en aquella oficina gris de Patentes. ¡Qué pena para él y la Humanidad!

La misma pena que da hoy ver en un aula a tantos alumnos inteligentes, que suspenden o no, en los que no se reconocen sus valiosas cualidades. Perdiéndose tanta grandeza.

Solo los mejores pueden llegar a lo más grande; pero ¿acaso Albert no era ya, a sus 9 años, el mismo que luego fuera acl-

mado por iluminar la ciencia universal? ¿No era ya a su escala, uno de los mejores?

Hoy muchos de los niños y adolescentes que empiezan o terminan la escuela, al igual que Einstein, esconden un potencial que, como el de Einstein, maravillaría al mundo. También sacan malas notas y pueden seguir sacándolas si nadie interviene.

Einstein sacaba malas notas en el colegio. Era un genio decían más tarde. Su profesora lo calificó de «*mortalmente lerdo*». Lo humillaron. Fue expulsado. Pero ocurrió algo que hizo de Albert el científico más importante del siglo y uno de los grandes de la historia.

¿Qué ocurrió?

Lo que ocurrió fue la secuencia de:

- 1º Un profesor que le dijo que valía para las Matemáticas y le dejó ir a sus clases de oyente cuando no había aprobado ni el acceso.
- 2º Un estudiante de Medicina agradecido a su padre le dejó libros de divulgación científica que le apasionaron.
- 3º Se encontró con el cariño de una familia adoptiva, que le quiso por ser simplemente una persona, sin autoritarismo ni protección. Que estimuló en él la búsqueda de la verdad, la dignidad y la excelencia del ser humano y su honradez.
- 4º Una escuela sin autoritarismo ni dirigismo, merecedora de todos los esfuerzos y aciertos educativos.
- 5º Y una esposa que, junto a su amor, le dio la motivación para trabajar por un fin más allá de él mismo, y le supo acompañar hasta el éxito.

Es decir: personas, estimulación, motivación, confianza, cariño. Eso ocurrió. Lo demás estaba todo en contra. En lo

familiar, Albert fue un desastre, herencia de su madre. Que nunca lo quiso como era y no le enseñó a amar desde niño.

Hoy existen millones de «Einsteins» en el mundo. Yo me he encontrado en mi carrera con cientos de ellos. Este libro pretende ser, para cualquiera que lo lea, el detonante que haga a un niño aprovechar sus posibilidades reales, que con demasiada frecuencia son mayores de las que él cree.

Si la vida de Einstein nació torcida y se recondujo en buena parte, mucho más puede lograrse con la de muchos niños que aún no se han torcido del todo.

Todos los seres humanos pueden ser Einstein si, como él, encuentran la combinación que estimule su capacidad siempre desaprovechada y, en la práctica, infinita.

La clave de la resurrección de Einstein estuvo en la combinación exacta que hay detrás de muchos Premios Nobeles: amor, estímulo, confianza, motivación. Nada más... y nada menos.



3

La inteligencia del ser humano es infinita y adquirida

El ser humano es inteligente. Es un hecho. Como lo es que ningún ser humano emplea al 100% su capacidad intelectual. Por eso puede decirse que, en la práctica, todo ser humano tiene capacidad en su cerebro —aún sin explotar— de un potencial inimaginable.

El cociente intelectual real de un ser humano es un dato puramente anecdótico. Si éste se autosugestiona de su incapacidad, no logrará nada por más tiempo que le dedique. Si, por el contrario, se estimula adecuadamente, sus logros sorprenderán a todos, incluso a él mismo. Porque el ser humano, todo ser humano —mucho más si está sano—, guarda una capacidad infinita.

Todos somos tan inteligentes como para poder resolver todos los problemas que nos planteemos. Solo precisamos tener motivación, estímulo y crearnos la necesidad de lograrlo. La des-

treza para poder solucionar cualquier problema se adquiere al intentar dar con la solución.

¿Qué es la inteligencia?

En general la podemos definir como la capacidad de descubrir y resolver los problemas que nos encontramos.

La verdadera prueba de inteligencia radica no en cuántas cosas sabemos hacer, sino en cómo actuamos cuando no sabemos hacerlas.

¿Es innata o adquirida?

Podríamos decir que potencialmente es una facultad genética, porque no existiría sin una determinada serie de genes. Pero desde el punto de vista práctico, de su desarrollo, lo que entendemos por el cociente intelectual o capacidad intelectual de una persona determinada, hay que considerarla adquirida, puesto que su desarrollo está en función del ambiente y de la voluntad del propio sujeto.

En el resultado de la inteligencia el peso de la genética no es tan importante. La carga genética: el cociente intelectual apenas cambia a lo largo de la vida, la inteligencia no deja de crecer si se estimula —si se aprende—. Por eso en la inteligencia lo que importa no es con qué potencial nacemos, sino qué hacemos con él. En este sentido podemos decir que la inteligencia es adquirida, no innata.

Falsas creencias sobre la inteligencia humana:

Cada día convivimos y nos enfrentamos a una serie de falsas creencias, muy extendidas, sobre la inteligencia. Que, además, obstaculizan su desarrollo de una forma práctica. Las más recurrentes son:

- Se nace inteligente o torpe, sin que el medio externo ni la voluntad del sujeto pueda modificar significativamente ese hecho. **ES FALSO.**
- La capacidad intelectual permanece invariable a lo largo de su existencia. **FALSO.**
- La capacidad intelectual de un sujeto crece hasta alcanzar un máximo a una determinada edad, en torno a los 18 años, a partir de la cual su crecimiento se detiene. **ES FALSO.**
- A partir de cierta edad, con el envejecimiento, disminuye la capacidad intelectual, como consecuencia de la muerte de las neuronas. **FALSO.**
- Desde el nacimiento el niño está, por así decir, predestinado a estudiar ciencias o letras. Es decir, sus aptitudes varían de unos a otros, dependiendo de la genética. **ES FALSO.**
- El aprendizaje es una consecuencia de la inteligencia. **ES FALSO.** En realidad ocurre justo lo contrario.
- Para que la inteligencia actúe con destreza es preciso haber aprovechado una edad propicia, lo que algunos llaman un *periodo sensitivo*. En términos generales, **FALSO.**
- El aprendizaje está relacionado con el coeficiente intelectual que se tiene. Aprende más el más inteligente. **FALSO.**

Veamos una a una:

«Se nace inteligente o torpe»:

No es cierto. Todos los niños, salvo en excepciones ambientales provocadas por hambre crónica, traumatismos craneales, un parto con muchas complicaciones u otras causas, pueden presentar un desarrollo intelectual menor que el de sus iguales. Lo mismo puede ocurrir por causas genéticas, como en el caso del síndrome de Down, Turner y otros, aunque incluso en el caso de estos niños, una estimulación extraordinaria de su inteligencia los hace mucho más inteligentes, capaces de resolver problemas más complejos, de aprender cada vez más, hasta resultados igualmente extraordinarios.

El potencial del cerebro humano es, a efectos prácticos, ilimitado.

Todos los niños nacen con un potencial intelectual suficiente para lograr cuanto se propongan.

Se calcula que en nuestra vida no usamos más del 20% del poder de nuestro cerebro, desperdiciando un 80%, bien por falta de medios o por falta de voluntad.

En realidad, no hay ninguna diferencia entre la capacidad craneal de los primeros *Homo sapiens* de hace decenas de miles de años y la de los *Homo sapiens* que habitamos en el siglo XXI, pero sin duda el uso del cerebro sí ha variado mucho.

La inteligencia se vuelve más eficaz cuanto más se utiliza, y la capacidad de adaptación o de resolver problemas crece en virtud de la ejercitación.

El desarrollo del potencial genético de todo niño está en manos de los padres y allegados, de los educadores y, excepcionalmente, en manos del ambiente, del modelo que propone la sociedad donde vive y del propio niño.

— DE LOS PADRES. Como consecuencia de la estimulación adecuada y temprana, en los primeros años de vida.

— DE LOS EDUCADORES en la escuela. Como responsables,

junto a los padres a partir de la edad escolar, de la construcción y conservación de lo adquirido.

- DEL AMBIENTE. En cuanto puede facilitar las oportunidades educativas.
- DEL PROPIO NIÑO. Porque no se desarrollará nunca su inteligencia sin su propia cooperación en la educación e instrucción.

«La capacidad intelectual permanece invariable a lo largo del tiempo»:

Tampoco es cierto. Lo contrario, sí. Junto al crecimiento en edad del niño, su inteligencia aumenta también, y al mismo ritmo que aumenta su aprendizaje.

Lo que permanece más constante es su Cociente Intelectual, pero la inteligencia en sí va aumentando conforme crece el aprendizaje.

«La capacidad intelectual de una persona crece hasta los 18 años y se detiene»:

La inteligencia se amplía mientras se puedan establecer conexiones entre las neuronas y se sigan formando. A toda edad pueden abrirse nuevas vías de aprendizaje y por consiguiente aumentar los conocimientos y la inteligencia.

Otra cosa es que se vaya produciendo, junto a más aprendizaje, mayor olvido de lo más lejano, si no se actualiza convenientemente.

«A partir de cierta edad disminuye la capacidad intelectual por la muerte de las neuronas»:

El número de las neuronas que mueren por la edad es insignificante comparado con las que aún viven. Además, hay muchas neuronas que aún no se han llegado a utilizar y pueden ponerse en actividad.

La disminución de la actividad cerebral de una persona está más relacionada con su inactividad mental que con su potencialidad cerebral.

«Desde el nacimiento se está predestinado para estudiar ciencias o letras»:

No es cierto. La potencialidad del cerebro es tal que cualquier niño es apto para cualquier estudio.

La inclinación o adecuación futura a un determinado estudio, es decir, a un mayor uso del hemisferio izquierdo o derecho, depende de la ejercitación que el niño haya tenido desde pequeño.

«El fracaso escolar es consecuencia de una insuficiencia intelectual»:

Tampoco esto es cierto. Por mucha actividad cerebral que tuviera un cerebro, siempre guarda su mayor parte sin utilizar.

El fracaso escolar es consecuencia de no haberse utilizado la potencialidad innata intelectual o no haberlo hecho de manera adecuada. Nunca de no tener una capacidad adecuada.

«Se ha concedido poca importancia al desarrollo intelectual durante los primeros años de la infancia»:

Es cierto que, durante los cinco primeros años de vida, el niño debería haber aprendido mucho más. De cualquier materia. Pero esto no quiere decir que a partir de esta edad la capacidad de aprendizaje no sea importante e incluso determinante.

«Los periodos críticos»:

Los periodos críticos, *sensitivos* también llamados según otros, existen y deben ser conocidos y tenidos en cuenta para la enseñanza. Pero resulta perjudicial la obsesión por seguir encorsetados periodos.

El conocimiento o la comprensión de una materia cualquiera, más que en función de una edad, es consecuencia de la existencia de un aprendizaje previo que le sirva de cimiento.

«El aprendizaje es consecuencia de la inteligencia», dice otra falsa creencia:

Bien es cierto que no se puede aprender sin inteligencia. Pero la inteligencia como don genético es un bien potencial. Muy diferente es el cultivo de la misma, que es a lo que realmente debe llamarse inteligencia, medible y comparable.

Esta inteligencia es consecuencia del aprendizaje y no al revés. No se aprende porque se es inteligente, sino que se es inteligente porque se aprende.

Conclusión respecto a las falsas creencias

Por todo lo dicho, más que el potencial genético, nos ha de preocupar qué hacer con la capacidad de la inteligencia que se tiene, que siempre será mayor de la que uno se imagina.

Sin cultivo perseverante y dirigido, la inteligencia nunca dará el rendimiento que realmente satisface al ser humano y sobradamente puede. Así, podríamos decir que los superdotados, aquellos que tienen genéticamente una capacidad muy superior al resto, no pasan en todo el mundo de un par de docenas. Mientras que los genios, los sabios, los cultos, las mentes brillantes, las que resuelven los problemas de la humanidad y la hacen progresar, son aquellas que con una capacidad normal, su inteligencia sí ha tenido una ejercitación adecuada.

Un niño, con la capacidad de hablar, tampoco hablaría si no se le estimulara y enseñase a hacerlo pacientemente.

Qué pueden hacer la familia y la escuela, para favorecer el desarrollo de la inteligencia

Aunque a lo largo de los capítulos que siguen iremos, poco a poco, concretando más cómo estimular la inteligencia de un hijo o alumno, por ahora tengamos en cuenta que todo educador ha de cuidar principalmente la **actitud frente al estudio y aprendizaje de los hijos**:

- Los padres y profesores deben tener una actitud positiva ante el estudio de un hijo o un alumno. Esto no siempre es fácil, pero sí determinante. Lo fue para Einstein.
- Cuando un hijo no parece muy inteligente (práctico), si se le dice que es inteligente, se convierte en inteligente.

Porque en realidad todo ser humano lo es. Solo ha de ponerse la capacidad en práctica.

- Ha de crearse en él una autoimagen positiva como estudiante.
- Si ya poseyera una autoimagen negativa, hay que emitirle mensajes positivos sobre algunas facetas del estudio (por ejemplo: si no saca buenas notas, resaltar en público la intensidad que tiene su trabajo y, si no es posible, la eficacia con lo poco que hace, o la habilidad que tiene en algún aspecto de alguna asignatura, etc.).
- Favorecer en todo momento el modo personal de resolver los problemas, más cuando ese modo sea distinto al que nosotros hubiésemos empleado. Es demasiado frecuente la intervención prematura de padres y profesores antes de que el niño o adolescente lo resuelva o intente resolverlo por sí solo. Es preferible siempre —salvo peligro de daño físico serio o moral— dejar que un hijo resuelva el problema con los medios que tiene a su alcance y siguiendo su propia intuición, con la menor ayuda posible por parte de un adulto o de un hermano mayor conocedor de la solución.
- Cuando un niño tiene un problema y sabe que un adulto cercano conoce la solución, su cerebro —inteligente— le dice que el camino más corto es preguntar y exigir la respuesta a un adulto, un compañero o un libro. Aunque sea dando pena. Si se hace, se priva al hijo o alumno de la oportunidad de hacer buscar a su cerebro otra vía y estrenar así un nuevo circuito en su cerebro que le permita aprender y adquirir mayor musculación. El niño que se habitúa a buscar las soluciones por sí mismo, confía más también en que las logrará: cimiento del buen estudiante y del niño con autoestima y personalidad. No quiere decir esto que no se pueda ayudar a los hijos en sus tareas de aprendizaje, sino que se debe estar a su lado, siguiendo el proceso y dejando que haga lo que puede hacer.

Pero veamos más acciones al alcance de los educadores, como **potenciar la inteligencia**:

SI SON NIÑOS PEQUEÑOS (MENORES DE 5 AÑOS):

- Adelantar la lectura. Cuando un niño muy pequeño pronuncia por primera vez, defectuosamente aún, la palabra *vaso*, está leyendo abstractamente la forma del vaso: lee y pronuncia un concepto y una palabra. Este ejercicio, que se suele hacer con 1-2 años, es mucho más complejo que lo que conocemos por lectura escolar. El niño puede aprender a leer incluso antes de pronunciar. Adelantar en edad la enseñanza de la escritura también. Así como adelantar el cálculo matemático. Jugar con estructuras de madera o plástico. Jugar con piezas encajables.

A PARTIR DE LOS 4 AÑOS Y HASTA LA ADOLESCENCIA:

- Utilizar en su presencia, con propiedad, un vocabulario lo más rico posible, sobre todo en el ámbito del hogar, en el vecindario, durante los viajes.
- Con la máxima riqueza de matices de adjetivos y variedad de argumentos. Por ejemplo, no es lo mismo azul, que azul celeste o turquesa. No es lo mismo perro que *husky siberiano* o *pastor alemán*.
- Potenciar el desarrollo de sus siete sentidos: olfato, vista, tacto, oído, gusto, equilibrio e interior (sentir dolor interno e incluso ser capaz de localizarlo: es como el tacto pero interno).

Esto se puede hacer, por ejemplo, mediante:

- Frascos transparentes, rellenos de líquidos, para que el

- niño al verlos diga rápidamente si se trata de vinagre, aceite, jabón, agua, etc., por ejemplo.
- O rellenos de sólidos: garbanzos, lentejas, azúcar, sal, semillas de trigo, harina, cemento, etc.
 - Así como con piezas de madera, sabiendo identificar el tipo (nogal, castaño, cerezo, pino...).
 - Distinguir entre tipos de tela (lino, loneta, pana, crevillé...)
 - O entre diferentes metales (hierro, acero, aluminio...).
 - Cogiendo dos objetos, uno en cada mano, y calcular cuál pesa más.
 - Tocando folios de diferente grosor y cartulinas, para tener que distinguir cuál es más gruesa o delgada.
 - Jugar a distinguir un instrumento como piano, violín, platillos, tambor..., en una interpretación musical.
 - Jugar a distinguir con los ojos vendados, sabores, empezando por definirlos como salados, sosos, ácidos, picantes, dulces...
 - Jugar a describir con los ojos vendados y guiados por el tacto, entre superficies rugosas, lisas, ásperas, rayadas, abultadas...
 - O calcular distancias a simple vista. Cortas y largas.
 - Etc.

Recordemos que el niño cuando aprende se hace inteligente, no que aprende cuando lo es.

